

El catequista, persona de comunidad

JOSE LUIS PÉREZ ÁLVAREZ

La evangelización, la iniciación en la fe y la incorporación vocacional en la Iglesia suponen un sujeto, un ámbito y un objetivo localizador de los procesos y de las tareas educativas. Este sujeto, ámbito y objetivo es la Comunidad.

“Creo que uno de los descubrimientos importantes en los últimos años es el de la comunidad como eje y centro de toda la pastoral y de toda la vida eclesial. Tanto en las diócesis como en las parroquias y en los movimientos apostólicos o en las congregaciones y órdenes religiosas, debe darse siempre ese núcleo llamado comunidad. Es, debe ser, su raíz última; como su corazón entrañable, su venero y manantial, que vivifica al conjunto de todos sus miembros...”. (Maldonado, L., “La Comunidad cristiana”, Paulinas, Madrid 1992, p. 5).

La Comunidad cristiana adquiere diversidad de formas de realización, dentro de la comunión y de la misión eclesiales. Existe un denominador común a todas las comunidades. Desde la fe, la esperanza y el amor cristianos, en el seguimiento a Jesús y por la acción del mismo Espíritu, forman comunidad el grupo de creyentes que, desde unas relaciones interpersonales, viven, celebran y comprometen juntos el acontecimiento de la salvación, insertos en el mundo y su historia y perteneciendo a la

comunidad eclesial. La comunidad cristiana inmediata hace posibles los proyectos pastorales, asumiendo los retos fundamentales del encuentro, la iniciativa solidaria y la comunicación. La comunidad trasmite la vivencia de la fe hecha proyecto de vida y de pertenencia. La comunidad convoca, inicia e incorpora a los jóvenes al seguimiento a Jesús en la Iglesia y en el mundo.

La catequesis necesita proyectos educativos. Pero es imprescindible que éstos sean viables. La comunidad los hace viables, porque ella misma es el sujeto, el ámbito y el objetivo del proyecto pastoral.

La comunidad es la primera opción que debemos asumir al plantearnos la catequesis y, dentro de ella, la formación de los catequistas. Para éstos, la comunidad es su pertenencia y experiencia fundamentales, la fuente de su vivencia y de su ministerio, la referencia en las vivencias a transmitir y en los procesos a desarrollar, la oferta próxima de incorporación eclesial.

Por la brevedad de esta reflexión me remito a cuanto escribimos sobre la centralidad de la comunidad en la pastoral en “Dios me dio hermanos. Comunidad cristiana y Pastoral de juventud”, CCS, Madrid 1993.

Centramos nuestra presente reflexión en dos temas:

1. El Catequista, miembro de la Comunidad.
2. Formación comunitaria del Catequista.

I. EL CATEQUISTA, MIEMBRO DE LA COMUNIDAD

El catequista transmite la fe que vive. La primera condición del catequista no es su actividad educadora, sino su vivencia cristiana. El catequista no es un mero trasmisor de conceptos, ni un simple pedagogo. Es, ante todo, un puente trasmisor entre el proyecto creyente de la comunidad eclesial y los iniciandos en la fe.

El catequista puede ser tal si es miembro vivo de una comunidad. Desde su vivencia cristiana y desde su adecuada preparación, es enviado por la comunidad a ser catequista. La condición de miembro de la comunidad es anterior y condición previa a su misión de catequista.

1. Vivir en comunidad la fe como proyecto globalizante de la vida.

1. El seguimiento a Jesús no se reduce a un proyecto sectorial de actividades y pertenencias religiosas. El Señor nos hace discípulos suyos, enseñándonos a ser hijos del Padre, hermanos y siervos en su Reino.

Todas las relaciones y las actividades quedan informadas por los planteamientos, actitudes y opciones que derivan de nuestra condición de seguidores de Jesús.

La fraternidad cristiana es el ámbito de relaciones donde aprendemos a ser hijos del Padre y siervos de los pobres, de los perdidos. La comunidad es, pues, para el catequista el sujeto donde aprende a vivir la fe como proyecto globalizador de toda su vida.

La cultura de fragmentación en que vivimos necesita una perspectiva de unidad y de trascendencia. Esto se va logrando en la medida en que el hombre recupera su identidad fundamental y su pertenencia radical.

La pluralidad de condiciones que afectan a los miembros de una misma comunidad cristiana ayuda a discernir cómo vivir la identidad y la pertenencia cristianas desde la unidad del ser en Cristo y desde las instancias de su Palabra y el discernimiento en el Espíritu.

Esta tarea comunitaria ayuda al catequista a releer y a encarnar permanentemente la Palabra, haciéndola “carne” en su vida personal y social.

La comunidad es el ámbito donde el catequista descubre y asume un proyecto creyente que redime y salva su existencia, dando sentido nuevo a sus relaciones y compromisos.

Se trata, en el fondo, de reconocer que **vocación y comunidad** son dos aspectos del seguimiento que mutuamente se especifican y potencian.

La pertenencia comunitaria afecta a la dimensión vocacional de la fe. Desde ésta, el catequista podrá vivir su tarea como verdadero ministerio en y desde la comunidad.

2. Todo lo dicho supone que la comunidad sea verdaderamente un **sujeto de experiencia de fe compartida, celebrada y comprometida.**

El catequista es ante todo un creyente que se incorpora a la comunidad como signo de su adhesión al Evangelio de Jesús (Hch 2, 41-47). Él mismo ha recorrido el proceso catecumenal que le ha ido incorporando a la fe y a la comunidad vocacionalmente.

La experiencia comunitaria es la plasmación significativa del Evangelio. Es convocatoria y signo para los miembros de la comunidad y para los demás.

En la comunidad el catequista aprende a **compartir** la vivencia de la fe en su historia personal y social. La comunicación de vida es enriquecedora y, a la vez, posibilita el discernimiento espiritual desde la Palabra y desde los carismas y ministerios.

En la comunidad el catequista aprende a **celebrar** el acontecimiento de la fe. En los sacramentos, en la oración comunitaria, en las celebraciones significativas del año litúrgico el catequista se enraiza en el Señor a través de la comunidad, en la que se hace presente el acontecimiento salvífico. Especialmente en la Eucaristía, la comunidad se realiza y manifiesta como un sólo cuerpo en Cristo e incorpora toda la historia al acontecimiento pascual.

En la comunidad el catequista aprende a **comprometer** su vida en el proyecto del Reino. La familia, el trabajo, el compromiso social y político, y, en especial, su ministerio como catequista necesitan ser vivificados por las actitudes y opciones del Evangelio. La comunidad es lugar de reconciliación y de apertura a la renovación del corazón. El testimonio de los hermanos y el discernimiento comunitario impulsan al compromiso. De esta forma, el catequista transmite no sólo la objetividad del mensaje cristiano, sino también la

experiencia personal y comunitaria del compromiso de la fe.

Para que todo esto sea posible, es necesario que la comunidad tenga un proyecto adecuado a estas exigencias de la experiencia comunitaria de la fe. Comunidad orante y celebrante, comunidad entrañable en la comunicación de vida y de bienes, comunidad samaritana y solidaria, comunidad evangelizadora y convocante. Un proyecto global y adaptado a las situaciones y vocaciones de sus componentes. Un proyecto en referencia a los proyectos personales que configuran la encarnación de la fe propia de sus miembros.

Para la comunidad no existen aspectos de la vida de sus miembros que no tengan relación con la fe que les une como “hermanos”. Por ello, aún siendo la fe el único y fundamental motivo de identificación comunitaria, influye en la forma profética y liberadora con que se asumen todas las realidades de los creyentes. La comunidad no impone proyectos “técnicos” de cara a opciones concretas. En la comunidad se iluminan y se especifican, desde la fe y la caridad, los planteamientos y las actitudes con que se asumen y se viven esas opciones.

3. La actividad pastoral no depende fundamentalmente de los planes, programaciones, dinámicas y materiales. Si bien todo ello es preciso, hemos de reconocer que el reto pastoral de la catequesis no radica en el objeto a transmitir ni en sus medios, sino en el **sujeto transmisor** y en el **proceso de experiencias** que éste provoca.

No basta que el catequista esté vinculado a una comunidad. Será preciso que ésta sea un **cuerpo vivo** que crece enraizada en los valores y experiencias propias de una “fraternidad cristiana en comunión de fe y en solidaridad de caridad”.

El catequista quedará incorporado al dinamismo de la comunidad. Los **ejes fundamentales** de este dinamismo han de ser:

- **Evangelio e historia:** La comunidad proclama, interioriza, comunica y asume la Palabra. La comunidad, desde el análisis objetivo, intenta hacer lectura de la historia. La comunidad intenta hacer carne la Palabra en esta historia personal y social. Una comunidad evangelizadora necesita vivir en sí misma la dialéctica Palabra-historia.

- **Espíritu y oración:** La oración es el puente imprescindible para vivir abiertos al Espíritu. De la oración dependerá la capacidad profética de la comunidad. Entre comunidad y oración existe una relación de identificación recíproca. La verdadera oración hace comunidad y la verdadera comunidad hace presencia de Jesús en los hermanos que oran.

- **Acontecimiento y celebración:** La comunidad cristiana es comunidad litúrgica. El dinamismo litúrgico tiende a celebrar y expresar el acontecimiento del don recibido en el Señor y la transformación de nuestra existencia en Él.
En la comunidad celebrante, el catequista aprende lo que ha de enseñar y ofertar a otros: la convocatoria del Señor, la celebración de la Palabra, la ofrenda de la propia vida, la incorporación de ésta, en el acontecimiento del Señor, la comunión con el Padre y con los hermanos, la solidaridad comprometida con los pobres, la pertenencia eclesial...
En la celebración, la comunidad recibe y trasmite el gozo del Señor, se manifiesta en acción de gracias y en alabanza festiva; se convierte en convocatoria permanente.

- **Vivencia y comunicación:** Donde no hay vivencia personal se hace imposible la comunicación de la vida, la comunicación es el alma de las relaciones comunitarias.
El catequista aprende en la comunidad a ser un “comunicador de la vivencia creyente” comunitaria y personal.
La comunicación de vida se aprende a través de un proceso de conversión a la comunidad. Educar a la comunicación es una de las tareas comunitarias de mayor calado. En ella nadie puede educar si antes no ha sido educado.

- **Solidaridad samaritana:** La proximidad samaritana evangeliza y educa a la comunidad. La hace capaz de una lectura adecuada del Evangelio. Los pobres y su historia se convierten en reclamo evangelizador para el catequista, en la medida en que la comunidad le ayuda a vivir la solidaridad desde las solicitudes samaritanas del Evangelio.
La Buena Noticia proclamada por Jesús para los perdidos es comprendida como “buena” y “nueva” cuando se hace proyecto solidario, desde el amor del Señor y de los hermanos.

- **Ministerios en fraternidad:** La comunidad cristiana enriquecida por la acción del Espíritu, se manifiesta y actúa en la pluralidad de carismas y ministerios. El discernimiento espiritual ayuda a asumir, por parte de cada miembro, diversidad de ministerios que sirven a la comunión y a la misión eclesiales.
El catequista aprende a descubrir su tarea como un verdadero ministerio que nace de la comunidad eclesial. Se sentirá enviado por la comunidad a transmitir la fe que en ella vive, y a suscitar procesos de iniciación y de maduración en la fe. Desde la comunidad, el catequista realiza, comunica y discierne su vocación y su actividad.

2. Transmitir la fe en fidelidad a la experiencia eclesial vivida en la comunidad.

El catequista realiza su ministerio desde un proyecto—proceso pastoral asumido por la comunidad desde la comunión eclesial. Este proyecto corresponde fundamentalmente a tres etapas: evangelización, iniciación catecumenal e inserción eclesial vocacional.

Las funciones del catequista cara a la evangelización propiamente dicha están dirigidas a cuatro objetivos:

- **Narración** del acontecimiento de Jesús y de su vivencia en la vida de la comunidad.
- **Significación** de la persona y del acontecimiento de Jesús en la historia y en la vida personal y social. Toda la propuesta evangélica está referida a la liberación amorosa del hombre y de la sociedad.
- **Confesión** de la adhesión inicial a Jesús y a su Buena Nueva en vinculación a la confesión de la comunidad que es testigo convocante.
- **Conversión inicial** que se va asumiendo progresivamente en las personas y en los grupos, y que se expresa con un acercamiento a la comunidad y posteriormente con una inserción catecumenal en ella.

La labor más estrictamente catequística es la que se realiza en la **iniciación cristiana catecumenal**. Es precisamente en esta tarea donde el catequista actúa como enviado de la comunidad para ir introduciendo a los catecúmenos en la experiencia de fe propia de la comunidad, mediante un proceso catecumenal adecuado.

1. Por la globalidad de la fe a la que debe educar y por la complejidad de las dimensiones del proyecto de Iniciación cristiana, el catequista asume roles diferentes. Todos ellos son complementarios:

- acompaña en las experiencias iniciáticas siendo inductor de instancias nuevas,
- proclama la Palabra siendo testigo de la fe de su comunidad,
- es profeta en la comunicación de su vivencia personal y comunitaria,
- es puente con la realidad social,
- es iniciador en la oración y en la celebración de la fe,
- acompañante en el discernimiento del proceso de los catecúmenos,
- amigo y hermano de cada uno y, al mismo tiempo, fiel servidor de la Iglesia.

El catequista no es sólo un “didáscalos o maestro” de la doctrina; es, ante todo, un **educador** que desde la función apadrinante de toda la comunidad, es **testigo, acompañante y maestro**. Así es **pedagogo de la fe**, ayudando a discernir y a asumir planteamientos, actitudes y opciones progresivas, y precediendo con el ejemplo humilde y perseverante, tanto en la referencia a Jesús como en la pertenencia a la comunidad.

2. Como miembro de una comunidad cristiana y enviado por ella, el catequista debe cuidar especialmente algunas **características fundamentales**:

- sensibilidad para captar la condición humana, especialmente la condición juvenil,
- equilibrio entre su cercanía e inserción entre los jóvenes y, al mismo tiempo, fidelidad significativa a su pertenencia comunitaria,

- conocimiento adecuado del proyecto y proceso de Iniciación cristiana catecumenal y de sus aplicaciones,
 - capacidad de escucha, interpelación, dinámica de grupo y acompañamiento personal,
 - fomento de los vínculos de unión y comunicación en el grupo y de cercanía y referencia a la comunidad y a la Iglesia,
 - aportación de su propia vivencia de fe (evitando por otra parte, convertir su persona en centro), manifestándose como amado y salvado por el Señor en el seno de una comunidad,
 - metodología inductiva, estimulando a los jóvenes a hacer experiencias espirituales y de compromiso, induciendo, desde ellas y desde la Palabra, las instancias y retos de la fe.
3. En el proceso catecumenal, el catequista cuida especialmente entablar una **dinámica educativa** (“educere”).

Lo importante es crecer en la adhesión personalizada al Señor y a su proyecto, manifestado en el Evangelio. Optar por el seguimiento a Jesús, implicando las diversas dimensiones de la vida personal y social, es el objetivo fundamental del catecumenado. La inserción comunitaria es signo de esta opción por el seguimiento a Jesús. Los sacramentos de la Iniciación son signos de esta opción por el Señor en la comunidad.

El catequista está preocupado por el crecimiento real de la fe en los catecúmenos. Para suscitar un proceso de interés, de profundización,

de adhesión y de decisiones vitales, es preciso tener en cuenta el **equilibrio entre las preguntas y las respuestas**.

Para suscitar las preguntas es preciso que los catecúmenos hagan **experiencias de solidaridad** con los necesitados, y desde ellas, **relaciones de fraternidad** con otros creyentes.

Estas experiencias y relaciones provocan sentimientos e instancias que abren a preguntas y a inquietudes interiores.

La experiencia crea nueva conciencia y ésta enriquece la relación y la comunicación en el grupo. La Palabra ilumina y da sentido a la vida comunicada y compartida y nos propone nuevos desafíos en el compromiso. Partimos de la vida como experiencia y relación para llegar a la vida renovada por la Palabra y el Acontecimiento de Jesús.

4. El catequista ha de cuidar también **el contenido y el lenguaje que trasmite**. La catequesis está orientada a la adhesión libre y amorosa al proyecto de Dios manifestado en Jesucristo. Entrar en el Reino de Dios es incorporarse al acontecimiento de Jesús vivido, celebrado y comprometido en comunidad de hermanos. Por esto es preciso que el catequista transmita la fe de la comunidad:
 - Como un **acontecimiento salvífico** que es iniciativa del Padre en Jesús por el Espíritu. Acontecimiento que nos hace hijos y hermanos en el seguimiento al Señor, acontecimiento que transforma el corazón, las relaciones y el sentido último de toda actividad. Acontecimiento gozoso que nos da vida nueva compartida en fraternidad solidaria abierta a todo el mundo.

- Como **celebración festiva y comprometida** de este acontecimiento. La Eucaristía es celebración en la que la comunidad se incorpora a la pascua del Señor y se inserta en la historia con dinámicas de muerte y resurrección. La Eucaristía es convocatoria, encuentro, comunicación, oferta, comunión y solidaridad. El catecúmeno va descubriendo esta realidad en la medida en que se va incorporando progresivamente a la Eucaristía de la comunidad. Desde esta experiencia, el catequista formula su enseñanza y estimula a la participación comunitaria.
- Como **amor que se recibe y se ofrece**. El compromiso cristiano no es otra cosa que vivir, desde el amor recibido del Señor, nuestras relaciones y actividades. El amor cristiano abre nuestro corazón y nuestras manos a la solidaridad samaritana en todas las situaciones de la vida. Implica socialmente para luchar contra la injusticia. Transforma intenciones y afectos.
Da referencias profundas nacidas del amor de Dios al hombre y de la dignidad trascendente de toda persona. El catequista enseña los caminos del discernimiento cristiano para descubrir las exigencias del amor desde la fidelidad a la Palabra, y desde el análisis de la realidad personal y social.
- Como **comunidad de hijos y hermanos** a la que pertenecemos por la adhesión al Señor y la acción de su Espíritu. Es tarea del catequista que en todas las dimensiones de la fe aparezca la referencia a la comunidad como sujeto en el que vivimos, celebramos y comprometemos el acontecimiento de la salvación. Así se supera la concepción meramente institucional de la Iglesia.
Estas son, pues, las claves fundamentales de presentación de la fe que parten de **una comunidad que vive el acontecimiento**

cristiano, lo celebra en la Palabra y en el Sacramento, lo compromete personal y socialmente en el compromiso del amor liberador.

5. Es evidente que el catequista, como miembro de la comunidad y enviado por ella, reflejará en su ministerio la vivencia y el talante de su comunidad. Por esto es preciso que **la comunidad sea signo de los valores y opciones del Evangelio de Jesús,**

- Comunidad **solidaria** con los pobres y los perdidos.
- Comunidad **misionera** abierta a los alejados.
- Comunidad **fraterna** abierta a la comunicación de vida y de bienes.
- Comunidad **orante y celebrante** solicitada por el Espíritu y por la vida del Señor.
- Comunidad **comprometida** en los ámbitos sociales (familia, trabajo profesional, etc.).
- Comunidad **en formación**, sensible a la formación de sus miembros y al acompañamiento personal de los mismos.
- Comunidad **eclesial** en comunión con la Iglesia local y en las comunidades cercanas en la zona o en la parroquia.

El catequista vive su fe y su ministerio en una comunidad que cuida **cualitativamente** estas dimensiones. Organizándolas adecuadamente en un proyecto proporcionado y factible.

El testimonio del catequista depende en gran parte de la significatividad de su comunidad. La significatividad exige que la comunidad viva en una saludable tensión. Porque, entre la fidelidad al Espíritu y la fidelidad a los hombres, surgen necesariamente tensión, búsqueda, discernimiento y decisiones que han de ser permanentemente revisadas, llevadas a la oración y contrastadas en la fraternidad y en la praxis pastoral.

Saludables tensiones surgen en no pocas comunidades a la hora de vivir en la práctica las **dialécticas entre testimonio evangélico y encarnación y eficacia**. No siempre medimos la significatividad evangélica y la eficacia pastoral con los mismos valores y criterios. A veces podemos dar la impresión de preocuparnos más por el relieve social de la institución que por el crecimiento interior de las personas. Otras veces nos preocupa más el número de nuestra clientela que la vida de la comunidad y el proyecto realmente educativo...

6. El catequista sabe que su ministerio consiste en convocar, desde la experiencia de fe, a la experiencia de fe. Como escribió Pablo VI: *“En el fondo, ¿hay otra forma de comunicar el Evangelio que no sea la de transmitir a otros la propia experiencia de fe?”* (EN 46).

Dos son las **principales referencias de la experiencia de fe**:

- a. El Evangelio nos ofrece **caminos de apertura, encuentro y adhesión** al Señor que son experiencias mayores a revivir permanentemente. Experiencias educativas a revivir en el proceso catecumenal, precedidos por el testimonio del catequista. El camino de Damasco, el camino de los primeros seguidores de Jesús, el camino del samaritano, el camino de Zaqueo, el camino hacia Jerusalén, el camino

de Emaús... Son experiencias profundas, actuales y traducibles a ejercicios de vida.

- b. La experiencia de fe es **obra del Espíritu**, porque es el Espíritu quien da testimonio de Cristo (Jn 15, 26).

Por ello, el catequista sabe que su ministerio ha de realizarse en vinculación al Espíritu. Supone cultivo de la oración, interiorización de la Palabra, comunión comunitaria y eclesial.

Procura que los catecúmenos conozcan al Espíritu, lo invoquen, se abran a sus caminos y signos, ya que “nadie puede decir Jesús es el Señor sino por el influjo del Espíritu Santo (1 Cor 12, 3).

Palabra y Espíritu son las fuentes de la experiencia creyente, del catequista y de su ministerio. Palabra y Espíritu que él recibe, vive y formula con y desde la comunidad.

3. El catequista es persona creadora de comunidad.

El catequista construye la comunidad en dos dimensiones: como creyente que construye la comunidad a la que pertenece y como catequista que convoca y educa a otros a la inserción comunitaria.

1. La pertenencia a la comunidad y el compromiso de construirla nace de la misma condición de creyente y seguidor del Señor. No nace inmediatamente de la tarea de catequista. Más bien esta función o ministerio es confiado por la comunidad y se realiza como consecuencia de pertenecer y vivir la fe en la comunidad.

En la medida en que una persona se responsabiliza de la vida comunitaria se capacita mejor para transmisión a otros de esa misma vida.

La creación y el crecimiento de una comunidad cristiana se fundamenta:

a. En una **identidad vocacional** compartida desde la pluralidad de situaciones, carismas y ministerios. El seguimiento a Jesús, desde los valores fundamentales del Evangelio, y la pertenencia eclesial son las coordenadas básicas de esta identidad. Ésta crece y se manifiesta en la referencia a la Palabra y al Espíritu, y en la apertura a la historia y al mundo.

El catequista construye comunidad en la medida en que él mismo vive el seguimiento a Jesús y lo comparte, discierne y compromete con los demás miembros de la comunidad.

b. En un **proyecto comunitario** en cuya realización se compromete. Para ello ha de considerar de fundamental responsabilidad su atención a la comunicación de vida, a la oración y celebraciones comunitarias, a la formación y al compromiso asumido comunitariamente. Esto comporta una programación de encuentros, tareas, tiempos fuertes, etc., siempre orientados a potenciar los proyectos personales (familiares, profesionales y sociales) y el compromiso por la gente.

Las dialécticas necesarias son imprescindibles para lograr que la comunidad sea cualitativamente tal y, al mismo tiempo, no se cierre en sí misma, poniendo en peligro la atención a los compromisos personales o no potenciándolos adecuadamente.

- c. En una **inserción eclesial** abierta a la comunión y a la misión de la Iglesia local y a la participación intercomunitaria de zona o parroquia.

En estos tres objetivos el catequista se esmera por aportar activamente su interés, sus vivencias, su colaboración personal. Cultiva las relaciones interpersonales, sabe amar y rezar por los hermanos, escucha y respeta, aporta con humildad sus discernimientos, se prepara las reuniones y se siente enviado responsablemente como catequista.

2. El catequista construye comunidad convocando y educando a otros en la fe comunitaria y en la posterior incorporación a la comunidad.

La educación en la fe, que nace de la vida de la comunidad y que lleva a la incorporación en ella, es una catequesis que propone la fe como adhesión vocacional y globalizante de la vida. El mero conocimiento de la doctrina, el cumplimiento de las prácticas rituales y morales establecidas, no conduce de por sí a una determinada vivencia de la comunidad cristiana como sujeto, ámbito y objetivo de la vocación.

En la medida en que se educa desde la pertenencia y desde la referencia a la comunidad, se está convocando a la misma. A lo largo del proceso catecumenal la incorporación a la comunidad es progresiva. Este es uno de los aspectos fundamentales. Sin comunidad no existe verdadero catecumenado. Por esto el catequista prepara con especial esmero los encuentros significativos de los catecúmenos con la comunidad orante, celebrante y solidaria con los pobres y alejados. Desde la identidad y el proyecto comunitario se configuran los ejes del proyecto catecumenal, de tal forma que los catecúmenos aprenden a ser hijos del Padre y seguidores de Jesús en la medida en que se hacen hermanos de comunidad y servidores de la causa de los desfavorecidos.

Convocar a la comunidad y educar en y desde ella no es proselitismo, sino coherencia con la misma naturaleza de la fe y del proyecto catecumenal. Pero es preciso tener en cuenta que no se ha de limitar la opción comunitaria a una determinada comunidad concreta. Tanto la comunidad como el catequista deben ayudar a discernir qué comunidad es la más consonante con los dones recibidos del Espíritu y con otras características personales. En este sentido es necesario fomentar el conocimiento y las relaciones entre los catequistas de las diversas comunidades de zona o parroquia.

II. FORMACIÓN COMUNITARIA DEL CATEQUISTA

Con frecuencia sucede que el catequista, al mismo tiempo que realiza su ministerio, se encuentra en una etapa de maduración adulta de su fe y de formación e inserción comunitarias. Esto acontece especialmente entre catequistas jóvenes...

Por esto, la formación comunitaria es tarea primordial. Va pareja con la maduración de la fe desde las coordenadas de todo proyecto adulto.

En no pocas comunidades parroquiales nos encontramos con el fenómeno de la escasa permanencia de los catequistas jóvenes en su servicio. Exceptuando razones especiales, advertimos que la inconstancia deriva más bien de la crisis de adultez de su propio proyecto global.

El desafío está claro. Es preciso apostar por la formación creyente y comunitaria de los catequistas más en su ser que en su función.

1. Adultez y crecimiento en la fe

Muchos catequistas se encuentran ante los retos de la adultez. Los intereses de la edad adulta interpelan la vivencia de una fe más comprometida y globalizadora. Tanto su ministerio como su incorporación a la comunidad, dependen en gran medida del crecimiento adulto en la fe.

La crisis religiosa surge cuando los catequistas jóvenes no logran conciliar las exigencias que brotan de los valores de la fe con las exigencias que derivan de sus necesidades afectivas, laborales, culturales y sociales.

La vivencia del seguimiento a Jesús y las instancias del proyecto adulto se reclaman o se rechazan. La religiosidad juvenil entra en crisis al incorporarse a vivencias, experiencias y dialécticas propias de campos que tanto influyen en el interés humano: el trabajo-profesión, la afectividad-estado de vida, la inserción en ámbitos culturales, sociales y políticos.

El crecimiento adulto en la fe dependerá, en gran manera, del testimonio y del proyecto formativo que promueva la comunidad. Sólo una comunidad inserta en la sociedad, a través del compromiso de sus miembros, podrá acompañar y formar a los jóvenes catequistas en este paso de incorporación a la adultez. La comunidad es el ámbito donde se aprende a discernir las situaciones desde la Palabra, y donde los hermanos se estimulan a permanecer con el corazón anclado en el

Señor y en los valores de su Reino. La comunidad educa a vivir la fe en el mundo, si ella también es “mundo” donde acontece el Señor.

La comunidad debe ayudar a no huir de la realidad, a asumir los riesgos precisos, a vivir la fe en la tensión y en el conflicto. La comunidad debe ser, para los jóvenes catequistas, escuela de libertad y de sinceridad ante sí mismos y ante los demás. La comunidad enseña a no privatizar la fe y a profesarnos como creyentes. Este talante es fundamental para pertenecer y para anunciar.

Si, por el contrario, la comunidad se mantiene alejada de la realidad social, familiar, laboral, etc., si se encierra en un discurso intimista, aferrado exclusivamente a sensibilidades y actividades eclesísticas, pronto el catequista, solicitado por otros intereses y ambientes, se sentirá extraño en la comunidad. De esta forma, difícilmente podrá transmitir la vivencia de ésta.

2. Integración y pertenencia a la comunidad

La encarnación de la fe en las mediaciones de la vida adulta, y la pertenencia afectiva y efectiva a la comunidad son **dos objetivos fundamentales** en la integración comunitaria.

Desde estos dos objetivos se va configurando la fe como proyecto vocacional. Desde una vivencia de la fe como vocación globalizadora surge el ministerio del catequista en y desde la comunidad.

Es necesario advertir que identidad y pertenencia son dimensiones que mutuamente se implican y se condicionan. Sin verdadera pertenencia efectiva (asentada en un proyecto común) y afectiva (alimentada y expresada en relaciones interpersonales) es imposible madurar la propia identidad cristiana ante uno mismo, ante los hermanos y ante la sociedad.

La pertenencia comunitaria–eclesial necesita soportes institucionales que significan y sirven a la comunión y a la misión de la Iglesia. Pero la raíz y fermento de la pertenencia es el Espíritu. El nos une en la Palabra, en el Cuerpo y en la solidaridad. El nos libra de aislamientos sectarios y nos impulsa a pertenecer para servir.

No existe verdadera pertenencia cristiana que no se alimente desde la solidaridad con los pobres y con los alejados. Sin experiencia solidaria, hecha de comunicación y de disponibilidad, es imposible educar a la pertenencia comunitaria.

La integración y la pertenencia comunitarias se educan y se afianzan en la adultez de la vida y de la fe, y desde la solidaridad con los pobres y alejados. La formación a la comunidad debe tener presente estas dimensiones a la hora de elaborar el proyecto formativo.

3. Proyecto formativo

La formación de los catequistas a la comunidad supone, en realidad, un proyecto formativo catecumenal. Es significativo que muchos jóvenes catequistas son, al mismo tiempo, catecúmenos respecto a la formación e incorporación comunitarias.

Esto implica poner el máximo empeño en la formación de los catequistas como creyentes, en su identidad y en su pertenencia. La comunidad necesita ofrecer un proyecto y un proceso formativo.

El proyecto formativo ha de nacer de la proyección de la vida comunitaria. Los elementos del proyecto formativo se centran en **dos polos fundamentales**: la acción de la gracia de Dios y la experiencia libre y amorosa del creyente. Educar es favorecer este encuentro entre don del Espíritu y experiencia humana.

La principal tarea de la comunidad no es suscitar la adhesión hacia sí misma o hacia sus tareas, sino ofrecer experiencias de encuentro y de alianza con el Señor. Así podrá surgir la experiencia de salvación que es la base de la fe y de la transmisión de la misma.

Sobre estas dimensiones fundamentales, la comunidad integra el proyecto formativo en **tres claves**: la vivencia espiritual, la comunitariedad y el compromiso.

- a. En la **vivencia interior** la comunidad cuida la interiorización de la Palabra, la educación a la oración, la vivencia de los tiempos litúrgicos, la vida sacramental, las experiencias mayores de retiro, el acompañamiento personal y un adecuado cultivo de la ascesis.
- b. En la **educación a la comunitariedad** la comunidad estimula a crecer en la comunicación de vida y en las actitudes comunitarias.

La comunicación de vida es actitud y ejercicio imprescindibles para crecer en la integración y en la pertenencia comunitarias. Respetando la conciencia y la libertad personales, el catequista vivirá la comunidad como Cuerpo de Cristo en la medida en que viva, como miembro de ese Cuerpo. La comunicación nace de esta vivencia.

Las actitudes comunitarias han de ser educadas y explicitadas. La aceptación de los otros desde el Señor, el respeto a la pluralidad, el servicio, el amor fraterno en el Señor, son vivencias que brotan de la fe y no de la mera psicología. La comunidad es obra del Espíritu. Nadie puede manipularla con intereses, liderazgos, ideologías, actividades, tensiones afectivas, etc., que nacen de la “carne”. Las actitudes comunitarias adecuadas derivan de esta apertura al Espíritu en la oración y en las celebraciones comunitarias.

c. En el **compromiso** la comunidad estimula al catequista a asumir los deberes propios del proyecto personal (familia, estudio o trabajo, relaciones afectivas y de amistad) junto con la dedicación al servicio específico como catequista.

También, en la medida de lo posible, el catequista colabora en proyectos de solidaridad junto a la comunidad y con el grupo propio.

Estas dimensiones del proyecto han de traducirse en **una programación** sencilla, realista y adecuada a las personas. La programación se realiza en un **proceso** con **objetivos** concretos y progresivos, marcados por **experiencias** significativas que den lugar a **opciones** progresivas.

4. Educar a la fraternidad como sacramento y mediación

La formación a la comunidad es tarea y objetivo vocacional. La opción comunitaria supone y manifiesta una opción vocacional. Por vocación entendemos la llamada a informar toda la vida desde el seguimiento a Jesús, con opciones específicas desde los carismas del Espíritu.

El seguimiento a Jesús nos enseña a ser **hijos** del Padre, **hermanos** en comunidad, y **siervos** de los alejados y desfavorecidos. Esta condición de hijos, hermanos y siervos desde el seguimiento a Jesús, especifica nuestros planteamientos, actitudes y opciones en las diversas dimensiones de nuestra vida.

Ser **hermano**, en fraternidad de hermanos, es el signo que manifiesta nuestra condición de hijos del mismo Padre. La fraternidad, nacida de la filiación, se extiende a todos los hermanos, especialmente a los perdidos y preferidos por la misericordia de Dios.

Educar a ser hermano en comunidad es tarea abierta a la fidelidad al Padre y a la disponibilidad a los pobres. No podremos formar a la comunidad sino es desde una profunda formación espiritual y desde el compromiso de la solidaridad.

Una comunidad que proponga **experiencias mayores** de interioridad y de compromiso será quien mejor eduque a la comunitariedad. La comunidad no educa para sí misma, sino desde sí misma, en referencia al Espíritu y a la historia.

Evidentemente, desde estas coordenadas, el catequista sabrá ser portador de Vida.